AUTORIDAD, GESTIÓN, COMUNICACIÓN Y REGIMENTACIÓN EN COMUNIDADES VOLUNTARIAS

JOSÉ PÉREZ ADÁN
Universidad de Valencia

RESUMEN:

La lacra del igualitarismo ha puesto en cuarentena no solo las autoridades morales, sino también los criterios de excelencia humana y social. Se ha llegado, incluso, a contestar y negar, desde un relativismo amoral, la misma idea de progreso. Enfocando el caso de las comunidades voluntarias, argumentamos la necesidad de sustituir el paradigma de la gestión por el paradigma de la autoridad (moral) y la conveniencia de, en una *época* confusa lastrada por las implicaciones culturales del fin de la modernidad, formular y operar con el concepto de valía. Al efecto, argumentamos las ventajas sociales y organizativas de la apuesta por la excelencia personal y colectiva, para articular un cambio de paradigma que alumbre el advenimiento de nuevas formas de organización y monitoreo social.

PALABRAS CLAVE:

Valía, excelencia, autoridad moral, comunidad, cambio cultural.

AUTHORITY, MANAGEMENT, COMMUNICATION AND REGULATION IN VOLUNTARY COMMUNITIES

ABSTRACT:

The egalitarian tsunami has put into question not only moral authorities, but also the criteria of human and social excellence. It has even gone so far as to deny, from the standpoint of an amoral relativism, the very idea of progress. Focusing on the case of

voluntary communities, we argue here the need to replace the management paradigm which aims at success, with the paradigm of (moral) authority which aims at righteousness. We also defend the convenience of, in the context of the cultural implications of the end of modernity, operating with the concept of worth. To this end, we argue for the importance of the social and organizational advantages of the commitment to personal and collective excellence in order to articulate a paradigm shift. This we view it as a necessary tool to welcome the advent of new forms of organization and social monitoring in voluntary associations.

KEYWORDS:

Worth, values, excellence, moral authority, community, cultural change.

Recibido: 07/03/2023

Aceptado: 26/07/23

A la memoria de Amitai Etzioni
(1929-2023)

Comencemos por especificar los términos de uso, pues, como cada vez es más evidente, la lengua manda.

Por autoridad entendemos la aceptación de primacía reconocida por parte de quienes la reconocen libremente en un contexto social determinado. Recordamos que Weber nos habló de tres tipos ideales de autoridad: la carismática, que también podíamos llamar moral; la tradicional, que también podríamos llamar azarosa; y la formal, que también podríamos llamar burocrática. En la primera, a la autoridad se le reconocen unos condicionantes de ciencia, experiencia y virtud, que le hacen merecedora de aquiescencia sin necesidad de predominio ni sumisión. En la segunda, la autoridad deviene por inercia aceptada, basada en una rutina de orden (le toca) o en un condicionamiento procedimental preexistente (le eligen desde la base). Y en la tercera, la autoridad se impone por selección competitiva, designación desde una instancia superior, o trampa de fuerza.

Por gestión directiva nos referimos a la capacidad reconocida desde jerarquías internas, o a veces también externas a la comunidad de que se trate, de la excelencia y dotes organizativas del o de la gestora para alcanzar metas, diseñar objetivos, armar estrategias, incentivar contactos, y motivar personas. Se supone que la buena gestión consigue resultados que se ven

óptimos y adecuados al momento y circunstancia en el que se encuentra la comunidad. Estos se certifican por medio de rendición de cuentas a la jerarquía designadora en los plazos previstos por la misma.

Por comunicación corporativa hacemos referencia a la difusión de mensajes que arman un estado de opinión determinado dentro de la propia comunidad sobre su marcha y situación. Muchas veces ese estado de opinión estará condicionado por cómo la comunidad sea vista desde fuera, labor en la que también se empeña la comunicación corporativa para lograr una positiva aquiescencia. La comunicación es, por su propia naturaleza, competitiva. Trata de continuo de mejorar la imagen percibida interna y externamente, razón por la que lleva una vitola de oficialidad.

La regimentación es la mera aplicación y supervisión de procedimientos pautados y establecidos que rigen y ordenan la vida de una organización o comunidad diferenciada, dándole, al tiempo, unas características peculiares que la hacen reconocible como distinta o única. La regimentación está reñida con procesos de cambio y suele afirmar la unidad y la continuidad sobre la diversidad y la sustitución, incorporando los necesarios procesos de recambio al mismo régimen vigente sin rupturas ni tensiones. Así la iniciativa queda circunscrita, de facto, al nivel de la supervisión, que da continuidad a la comunidad tratando de preservar sus características constitutivas a través del tiempo.

Por último, diferenciamos las comunidades voluntarias, siguiendo a Tonnies, de las asociaciones. Mientras que las primeras tienen carisma y dotan de identidad a sus miembros, las segundas se fusionan por intereses coyunturales de corto o largo alcance temporal y de variado carácter apuntando a objetivos de parte.

Dicho esto, tratamos de clarificar nuestra reflexión sobre la percibida crisis de autoridad vigente. Devenida, a nuestro juicio, por el auge del individualismo relativista que sigue al encumbramiento del igualitarismo como panacea cultural encumbradora del fin de la modernidad. Procedamos.

Asumimos que nos situamos en el ámbito de una comunidad voluntaria, esto es una comunidad de elección como puede ser un carisma religioso. La familia no es una comunidad voluntaria pues todos nacemos en familias que ya existen, como tampoco lo son la patria que da condición de ciudadanía o la lengua materna, aunque estas puedan tener también carácter voluntario en la elección de cambio. Ello hace difícil la separa-

ción conceptual entre comunidades innatas y voluntarias, pero no es una demarcación fronteriza o asunto que deba quedar establecido definitivamente, entre otras razones, porque quizá no convenga.

Asumimos también que no queremos hacer una disertación sobre el poder y cómo se ocupa, consigue o ejerce en comunidades voluntarias. Nos alejamos, pues, del intento de verificar o etiquetar legitimidades para el ejercicio de la potestad o los supuestos idóneos para liberarse de ella mediante el disenso o, por el contrario, para el acatamiento u obediencia en los ámbitos y modos en que ésta sea pertinente.

Nuestro foco de atención lo ceñimos a un lamento que, aunque lo circunscribamos al ámbito de las comunidades voluntarias, podemos también aplicar a otras formas de comunidad y, en según qué casos, a algunos tipos de asociación. En concreto, es el lamento, por la ausencia de autoridad moral que cada vez se echa más en falta en tantas comunidades y, también, el lamento por la ausencia de reconocimiento a la autoridad moral cuando ésta se hace presente en el entorno propicio. En definitiva, quiero hacer una reflexión, sobre los malos tiempos que corren para la valía y la excelencia.

Según lo percibo, la situación con la que nos encontramos es la de la sustitución enfática de la autoridad por la gestión o, en su ausencia por la regimentación, sustitución que ha resultado beneficiada y auspiciada por la comunicación. Ante este reto, cabe hacer una defensa de la valía y de su reconocimiento, que es lo que comúnmente se entiende por excelencia, término al que un servidor añade el calificativo de pertinente, esto es: referida al contexto en el que opere (el tipo de comunidad voluntaria que se trate). Para fundar bien nuestro argumento, hagamos, primero, un viaje económico, que puede resultar incómodo para los ajenos a la materia, pero que es necesario.

LA VALÍA PERSONAL COMO RECURSO CONTABLE

La valía son valores encarnados. Y decimos valores y no virtudes porque pretendemos hacer ver su objetividad con la posibilidad de la medición. Efectivamente, si los valores se refieren a actuaciones o prestaciones, deben de ser medibles, es decir, empíricamente constatables, pero ¿cómo podemos “medir” a los individuos? ¿cómo podemos hablar de personas mejores o peores? ¿no somos todos iguales? ¿no nacemos, a diferencia de

las colectividades en las que vivimos, que son por tanto más fácilmente etiquetables y comparables, con la misma historia y el mismo valor? Vamos, primero, a tratar de elucidar sobre esto.

La valía colectiva, de la que he hablado *in extenso* en mi obra, es la salud social. Mediante el índice relativo de salud social (IRSS) podemos medir la valía o salud social de un colectivo en el tiempo¹ y, por tanto, podemos aspirar a mejorarla. Solo con la contrastación, la medición y la comparación podremos distinguir grados de progreso y diferenciar el desarrollo del subdesarrollo. Lo que nos preguntamos ahora es cómo podemos percibir y reconocer la valía personal y qué parámetros de referencia podemos utilizar para ello, sabiendo como sabemos, que comparar individuos diversos o comparar un mismo individuo a través del tiempo es algo muy distinto que comparar grupos o colectivos.

Las valías son contextuales: del grupo entre los grupos y de las personas entre las personas. Los mejores grupos tienen más salud (que otros) y las personas con más valía son las que mejor (que otras) sirven a los demás. Por eso, las valías personales tienen que ver con para quién valemos (los demás), y ello no depende tanto de lo que queramos (el deseo o la aspiración) sino de lo que podamos servir (la capacidad y oportunidad). Este poder servir en tanto que capacidad, es una variable medible que tiene un óptimo exponencial (cuanto más, mejor). La valía está en función de la entrega E (la disposición de servir que es interna al individuo, aunque responda a una demanda externa), y la utilidad U (aunque no me gusta el término, seguimos la denominación económica que entendemos aquí como contraparte de una necesidad) que, esta sí, se luce fuera y, por tanto, es susceptible de comparación y medida. Veamos en qué marco y para qué propósitos podemos efectuar la medición. Recordemos que la valía está en función de $E+U$.

Lo que más nos hemos forzado en medir los humanos es el tiempo, y encontramos que la utilidad personal a la que nos referimos aquí está en función del tiempo. En este caso “nuestro” tiempo, en el sentido del

1 Cf. José Pérez Adán, *La salud social*. Trotta, Madrid, 1999; José M. Pérez Adán, «Elaboración del índice relativo de salud social IRSS, para los países del continente americano. UNA MEDICIÓN COMPARADA DEL PROGRESO COLECTIVO QUE SE PRESENTA COMO ALTERNATIVA AL ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO DE LAS NACIONES UNIDAS.», Universitat de València, Valencia, 2012, <https://www.uv.es/perezjos/proyecto%20investigacion.htm>; José M. Pérez Adán, *Economía y salud social: Más allá del capitalismo*. EUNSA, Pamplona, 2019.

tiempo que podemos dar a los demás. Lo único que uno puede dar a otros y por lo que en definitiva puede serles útil es tiempo. La generosidad es dar tiempo y éste, el tiempo, no es un recurso cerrado y fijo. Es, por el contrario, una categoría incrementable, incluso dentro de nosotros. Por eso podemos decir que tiene más utilidad quien adquiere y dispone de más tiempo. Abundemos en esto pormenorizadamente.

Siendo Ta el tiempo añadido, o sea el interés generado en los otros por las inversiones de tiempo propio efectuadas a lo largo de la vida, y Tg el tiempo generado, o sea el ahorro de tiempo propio futuro como consecuencia del tiempo pasado aprovechado, la utilidad de cada uno es una función de tiempo añadido y de tiempo generado: $U=f(Ta+Tg)$.

El tiempo añadido da más o menos utilidad a las demás personas según que el tiempo (el de cada uno) que se pueda prestar a los demás les sirva mejor (constituya un servicio excelente). Así se dice que el tiempo de fulanita “vale” más que el tiempo de menganita o que zutanito tiene gran predicamento y su tiempo es de gran demanda y está muy solicitado. Así, el tiempo añadido depende en gran medida de la calidad de las propias prestaciones y del volumen de las capacidades que se suponen en esa suma de acerbos que hemos dado en llamar sabiduría.

El tiempo generado es, por otro lado, el tiempo de más que tiene uno por haber aprovechado el pasado y poder ahorrarse así la inversión de tiempo futuro que se haría necesaria para acometer los nuevos emprendimientos. El tiempo generado incrementa la posibilidad de dedicación a los demás y es, por tanto, condición de utilidad. Es el tiempo que tiene el que madruga, del que uno (y por ende otros) puede disponer porque uno ya ha hecho lo que había que hacer. El tiempo generado depende en gran medida de la consecución de las acciones que se suponen en la diligencia.

Ta y Tg son, por tanto, variables mudables que siempre se pueden incrementar (podemos ser más sabios y más diligentes que ayer). En este sentido nosotros los humanos, todos y cada uno, podemos crear tiempo. Ese tiempo se convierte en utilidad, como tiempo añadido y generado de continuo por nosotros, y será, por fin, traducido en valía en la medida en que esa utilidad se concrete en la oferta o entrega a los demás.

Que el tiempo se pueda crear puede parecer extraño, pero es del todo real. Somos no solo pacientes sino agentes de tiempo. De aquí que sea tremendamente importante el entendimiento cabal de este punto para apostar por el mejoramiento personal. La capacitación para la excelencia

está así en enseñar a la gente a crear tiempo (T_a y T_g) y a regalarlo (E). Ello es, como podemos ya imaginar, de primordial importancia en la tarea educativa formal e informal.

Comprendemos de este modo que, con el orden, la experiencia, y el conocimiento, podemos incrementar el tiempo que se puede dar, y, por tanto, la riqueza con que podemos dotar a los grupos y comunidades a las que pertenecemos. Seremos útiles en la medida en que creemos tiempo y esa creación aumente, como consecuencia, la valía personal, y, como consecuencia, a su vez y a la larga, la valía colectiva.

Pero de igual modo que podemos crear tiempo, también podemos destruirlo. Destruir tiempo es peor que quemar patrimonio (un bosque o una obra de arte). Por eso los impedimentos para la creación de tiempo, o sea, los obstáculos a la valía deben de ser previstos en la formación y educación básicas para garantizar a cada uno la libre prestación y rendimiento de su utilidad. Veamos cómo podemos concretar esto para el T_a y el T_g .

Por lo que se refiere al tiempo añadido, deberá evitarse una educación que rinda a la gente inútil a los demás, como sería concentrarse mucho en asuntos de poca monta y acabar siendo experto en nimiedades. La excelencia en el servicio debe de proponerse también, por tanto, desde el punto de vista de la dedicación profesional y su diferente utilidad. Así, debe de juzgarse y proponerse la diferente valía a la que se llegaría con una tarea de ayuda (dedicarse a la medicina o al trabajo doméstico) que con una tarea de disfrute (dedicarse a viajar o a ganar dinero), actividad con mucha menor capacidad de generar tiempo añadido. Una o un buen profesional en la rama reconocida que sea o una persona sabia, es, por lo general, alguien rico en tiempo añadido.

Naturalmente, este apunte resalta como contraste grueso frente a las más importantes asunciones culturales del momento: el beneficio y el individualismo. La idea de la propuesta educativa y cultural de maximizar el tiempo añadido está en contra y es la idea opuesta a la maximización del beneficio, eje axial del neoliberalismo y de la economía neoclásica. En términos contables al uso, mientras que el beneficio es un rendimiento, el T_a es una inversión sin cuenta o a fondo perdido.

De igual modo, la idea de optimizar el tiempo añadido choca con la razón misma del individualismo que yace precisamente no ya en la oferta de tiempo sino en su consumo, en el sentido de poner al conjunto en función del individuo, como se manifiesta tan a menudo en la expresión “me

siento bien conmigo mismo”. En términos gramaticales, para la cultura neoliberal la importancia de la frase está en el nominativo consumidor (el yo), mientras que para el argumento de este texto está en el dativo (el para quién de la acción verbal).

Por lo que se refiere al tiempo generado, habrá que subrayar la importancia de aprovecharlo en la dirección de darle sentido a la propia trayectoria, bien apuntando la importancia de la constancia y la perseverancia en los esfuerzos, o bien ayudando a la delimitación de proyectos vitales realistas y adecuados a las aptitudes de cada quién. Hacer de la vida y de la biografía personal, un continuo coherente, con meta, es la mejor manera de potenciar el tiempo generado.

Esto también contrasta con otros supuestos de la cultura moderna y mayormente con el instantanismo. La ambición moderna no es la generación de tiempo propio sino el consumo del tiempo ajeno, y mayormente del tiempo de las futuras generaciones, acción que podríamos tipificar como: la “creación” de *tiempo restado*, es decir, el robo de tiempo. Se pretende disfrutar en el instante el tiempo futuro, de uno, como en el comportamiento de riesgo, o de otros, como cuando el riesgo y la incertidumbre se procuran para la herencia. Ello, que es lo más opuesto al entendimiento que ve como óptima la creación de Tg y se concreta en el materialismo inherente a la apropiación en exclusiva de bienes comunes, y, mayestáticamente, en la destrucción del medio ambiente.

Tenemos aquí, a mi juicio, esbozada alguna lección de calado. Una es el reconocimiento de la importancia de la *diacronía*. Los humanos somos diacrónicos, tanto individual, para una vida más corta, como colectivamente, para una vida más larga y transpersonal o trascendente a nosotros mismos. Nuestra identidad no se reduce a lo que somos ahora: lo que somos es también lo que hemos sido y lo que seremos después. De aquí que sea necesario que nos veamos a nosotros mismos como gestores de tiempo, como creadores, transformadores y empresarios de tiempo.

Pero sigamos con el punto central de nuestro discurso que es la ambición de avanzar hacia la conceptualización y concreción de grados en las valías personales y extraer ciertas conclusiones que se derivan de la consecuente posibilidad de compararlas (entre sí o con una misma en otro momento). Quizá, como ya se habrá adivinado, una consecuencia que se vislumbra de todo esto es la conveniencia de sugerir ciertos modelos alternativos de excelencia social y personal.

No vamos a proponer la introducción de un “índice de percepción de la valía”, como hemos hecho en el texto mencionado refiriéndonos a la valía colectiva con *el índice relativo de salud social*, porque desgraciadamente las personas estamos activamente, lo queramos o no, inmersas en el mercado y difícilmente podríamos sustraernos a la tentación de ver reconocida nuestra valía en remuneración. Pero sí que consideramos necesaria la crítica y refutación de otros sistemas de reconocimiento, sistemas que a nuestro juicio debemos de repensar y, si es posible, sustituir. Nos referimos a la universalización del sueldo en el comercio y a la formación para el sueldo y el poder en la educación.

Hasta hace bien poco las teorías del valor y la reflexión académica sobre las utilidades eran dominio exclusivo de la teoría económica. Se pensaba que se trataba de un asunto meramente técnico. Ahora, sin embargo, se vislumbra con más nitidez que los valores públicos, la cultura, y las actitudes se ven condicionadas y afectadas de modo directo por los modos de medir valor que implícitamente ha generalizado el paradigma económico dominante. La exageración de esta situación es que para muchos uno vale lo que gana. Que la autoridad, en definitiva, la dan el dinero y el poder.

En realidad, hemos pasado de la ambición inicial de dar valor contable al propio trabajo (el trabajo como medio de acceder a la propiedad y la propiedad como medio de acceder a la renta), a la desilusión de que el trabajo solo nos puede dar dinero, y de aquí a la convicción de que en ausencia de un medidor fiable de trabajo que combine esfuerzo y preparación, cantidad y calidad, la propiedad (bienes y renta) debe de ser, junto con el poder, el único medidor de valía. Por eso en nuestra cultura el dinero y el poder representan valor.

Sería pertinente ver, entonces, si es posible establecer una relación entre el vehículo de cambio, el dinero, y el valor, la valía personal, de manera que la valía, a fin de cuentas, no dependiese del dinero y tampoco del poder. Una solución que nos parece apropiada al problema es la generalización de la gratuidad y en concreto la sustitución paulatina del valor de cambio del dinero por el valor de cambio del tiempo.

Se trata de un acuerdo más, como el que sustenta el acuerdo de representación de la moneda. Entendamos el tiempo como rescate de necesidades ajenas. El dinero que pagamos por un rescate se entrega a cambio en una libertad secuestrada, pues bien, entreguemos la valía personal, que sabemos que está en función del tiempo (Ta y Tg), como rescate de nece-

sidades que nos circundan, deseando a cambio la satisfacción de esa necesidad. Esto supone, ni más ni menos y, a fin de cuentas, la gratuidad. Lo que decimos es que la generalización de la gratuidad puede ser fruto de un acuerdo de representación: no de materia representada por dinero sino de seguridad representada por valía. El acuerdo en este caso contempla el rescate de necesidades ajenas con la sola valía personal (que es medible y gratis al mismo tiempo).

Se trata de un acuerdo hoy reconocido (tolerado) pero no propuesto por el paradigma económico vigente. Nuestra cultura ya reconoce los intercambios de gratuidad, por ejemplo, casi todos los que se llevan a cabo en el ámbito familiar. Sin embargo, no se atreve a proponerlos, en el sentido de que la tendencia apunta más hacia la monetarización y materialización de esos intercambios, que hacia la difusión de los mismos hacia otros ámbitos más allá de la familia. Y esta es precisamente la propuesta: la familiarización paulatina de la economía mediante la apuesta personal por, y el reconocimiento público y gradual de, la gratuidad.

En nuestra opinión el reconocimiento de la valía personal y de la susceptibilidad de su medida lleva necesariamente a la generalización de la gratuidad, máxime visto que cualquier otro intento de medición de valor supone una arbitrariedad mayor que la que supondría valorar la utilidad personal como función de tiempo añadido y tiempo generado. Puestos a suponer equivalencias, más nos vale (nunca mejor dicho) suponer que la utilidad es la equivalencia de la necesidad, que no que lo es el dinero que representa materia (bienes, o, en algún caso, nada).

En verdad, no creemos que se pueda hacer una crítica coherente al materialismo que asume la cultura económica actual sin replantearse de cabo a rabo la teoría del valor, y sin tratar de llevar al mercado las consecuencias de saber qué es lo que más vale y lo que menos vale de la gente con la que nos relacionamos. Y si lo que más vale es la calidad de su servicio, y si la condición de necesidad es inherente al mercado, la oferta de gratuidad siempre será la más razonable. En definitiva, si yo te doy gratis lo que otro te da por dinero, lo más normal es que acordemos una relación social.

Todo ello nos lleva de seguido al ágora en el que se propone lo mejor, que es el sistema educativo. Lo central a la escuela o sus alternativas es la formación del carácter, entre otras cosas porque sin la disposición de servir no se puede concretar la utilidad. Si separamos la actitud y la aptitud, la meta educativa debe apuntar al reconocimiento de que la mejor

actitud es servir siempre, y que la optimización de la aptitud supone la adecuación de las capacidades (propias) para la satisfacción de las necesidades (ajenas).

Sin embargo, hoy mucha gente parece que va por la calle con los opuestos, es decir con la actitud de medrar y con una aptitud lega. Ello es directa consecuencia de la escala de valores que propugna la racionalidad llamada neoclásica, que sostiene que la justificación racional de las expectativas está en la maximización del beneficio. Naturalmente, para este modo de pensar, el beneficio está siempre en función del agente (el que maximiza) que, puede o no, tener en cuenta a los demás. En este discurso este “beneficiario” viene a ser un ladrón, en el sentido de que a lo que se dedica es a apropiarse de tiempo ajeno sin pedir permiso. Lamentablemente en la escuela moderna se educa para robar. Se educa para triunfar y triunfo es sinónimo de beneficio más que de servicio.

Pero hay una vuelta de tuerca más a esto, y es que, si consideramos que la educación es la dedicación específica a la creación de tiempo añadido, el fallo en este cometido supone fraude. Fraude que sería exponencial en la praxis real de ciertas instituciones educativas: que “educan” por el beneficio (con afán de lucro) para el beneficio (para perpetuar ese afán en sus alumnos): nada más obtuso.

Para asegurar la valía y apostar por su incremento son necesarias, por un lado, las virtudes: las que ayudan a acercarse a la sabiduría, como la *constancia* en el estudio, la *liberalidad* en el interés, y la *sobriedad* en el regalo, y las que condicionan la generación de tiempo, como la *diligencia* en las acciones, el *orden* de los deberes, y la *prudencia y perseverancia* en la asignación de metas. Por otro lado, la valía se concreta en la entrega que supone el *espíritu de servicio*. En la medida que estos objetivos se incorporen al sistema educativo, se estará justificando la existencia de la escuela que tiene como misión proponer lo mejor, es decir: educar para valer.

A lo largo de todo este punto hemos apostado por la conveniencia de señalar la valía y admirarla, hemos intentado hacer ver que la valía es medible y por tanto incrementable y reducible, y también hemos visto que la gratuidad es condición de hacerla efectiva. Pero esto ya lo dijo alguien hace mucho tiempo: “gratis lo habéis recibido, dadlo gratis” (Mt, 10, 8).

LA AUTORIDAD MORAL

La relación entre valía y autoridad moral es estrecha, como parece fácilmente perceptible. Entre otras cosas porque en el contexto presente la renuncia al dinero y al poder va implícita en lo que de suyo exuda la moral: incorruptibilidad. Si nos fijamos, los subterfugios de los que hablábamos antes como sustitutivos de la autoridad, es decir, la regimentación, la comunicación y la gestión, todos consumen rédito corruptible en forma de acumulación, dominación, manipulación o mala fama, salvadas las excepciones relativas al caso. Algunas de estas excepciones las podemos examinar brevemente con el tipo ideal de la buena gestora o gestor.

La lectora o lector que me haya seguido hasta aquí podrá pensar que todo esto de la valía (o su traducción como excelencia) está muy bien, pero que es perfectamente compatible la autoridad moral con la gestión profesional. Dirá que, de hecho, es eso lo que se propone en algunas constituciones políticas con la autoridad moral de un rol presidencial y la supuesta buena gestión de una presidencia del consejo de ministros, manteniendo ambas funciones diferenciadas. Dirá que, incluso refiriéndonos a las comunidades voluntarias, esa dicotomía entre autoridad y potestad está perfectamente establecida. Así ocurre en estatutos, reglas, y constituciones en los que se distingue la autoridad de los fundadores o iniciadores plasmada en la preservación de un carisma o identidad, y la potestad de régimen de sus sucesores para implementar y adecuar las medidas necesarias para armonizar los tiempos fundacionales con la distinta situación del presente.

De acuerdo, es un presupuesto válido hablando en general. Pero a lo que me refiero aquí es que, indiferenciando el mundo de la política, el mundo de la praxis posible, del mundo de las propuestas iniciáticas que conforman compromiso e identidad, se corre el riesgo de poner la autoridad en el congelador a la hora de servir las pautas que modelan la vida de una comunidad. En otras palabras, que una gestión sin autoridad, al menos en comunidades voluntarias, lleva a la desunión a la larga, o, puede que, incluso, a la autodisolución. La razón es simple, a diferencia de una empresa, y también a diferencia de una comunidad política, en una comunidad voluntaria, la permanencia de la adscripción no se rige por criterios de eficiencia y de eficacia medibles, a día de hoy, con métodos cuantitativos que asumen el trasfondo de la escasez, sino que se

miden, principalmente, por criterios cualitativos, que apuntan a un tipo de excelencia- valía que no está reconocida al momento por los métodos contables al uso. La dificultad de medir cualidades siempre ha sido un reto difícil de superar por la compilación estadística.

No obstante ello, la necesidad de valorar la valía más que el rédito es, aquí, perentorio. Para glosar el punto con un ejemplo, asumamos el reto teórico de examinar la salud colectiva o social de una comunidad religiosa cristiana. ¿En qué nos fijaremos primero? Podemos separar dos campos diferentes que llamamos, con intención, el de la gestión y el de la autoridad, y veamos qué criterios asumimos como los más importantes para delimitar la excelencia del grupo objeto de análisis. La elección de variables que hacemos es, ciertamente, personal y discutible, pero como el propósito es didáctico, me permitirá la lectora o lector que apunte de corrido los siguientes, ciñéndome sólo a seis en cada caso. Así, en el campo de la gestión pondríamos: el número de miembros especificando niveles de perseverancia y de nuevas adscripciones; la implantación social y cuenta de resultados, a la luz de los fines de la comunidad, de los emprendimientos corporativos; el perfeccionamiento y profesionalización de la burocracia y gobernanza internas; la captación de recursos económicos y la disposición de ayudas y limosnas; el crecimiento y expansión del área de influencia de las actividades de la comunidad; y los niveles de percepción u opinión pública favorable respecto a las actividades emprendidas en el entorno social en el que operan. Por el contrario, en el campo de la autoridad incluiríamos: la ejemplaridad de vida de los miembros de la comunidad y cómo ello se traduce en la conducción de sus actividades; la fidelidad al carisma propio y la armonía y fraternidad que viven sus miembros como expresión de caridad cristiana; la libertad y espíritu de iniciativa ejercida por los miembros de la comunidad para proponer y cumplir los fines de la misma mediante los emprendimientos adecuados; la fama de santidad de sus miembros al partir de este mundo; la capacidad de funcionar y vivir en paz y armonía con el mínimo de directrices posibles; y la corresponsabilidad de todos y cada uno de los miembros de la comunidad en las tareas de santificación y evangelización.

Como se apunta, la distinción entre una potestad visible de propuesta vertical (tipo gestión), y una autoridad invisible anclada en la horizontalidad de la base (tipo autoridad), resulta evidente. Pues bien, vayamos ahora a mirar un poco nuestro mundo, trayendo a colación las lacras de

sintomatología cultural que resultan más llamativas referidas al tema que tratamos. La pregunta del montón sería, ¿cómo acostumbramos a medir el éxito? Bien, sirve de poco la pregunta porque ya sabemos las lacras que conforma la cultura dominante en lo que se refiere a en qué se basa el culto que se rinde a las figuras públicas. Lo que atrae de ellas, sea el caso de deportistas, artistas, o gente de empresa, no es, al menos eso parece, su valía, tal y como la hemos expuesto aquí. Así pues, la pregunta debe hacerse de otra manera. Por ejemplo, así: ¿cuáles son los inconvenientes principales que impiden que nuestra cultura dé relevancia a la valía y que la excelencia sea reconocida como meta común del desempeño humano?

Javier Gomá en *Tetralogía de la ejemplaridad*,² ha tratado este asunto con sabiduría y perspicacia. En una época de transparencia y vigilancia la ejemplaridad debe de tomarse en serio sin parcelaciones entre lo privado y lo público. Se le ha achacado a Gomá su recetario moralista. Ello es más un acierto que una crítica, a menos que ésta se haga desde el más absoluto relativismo. Un relativismo que ignore a lo que nos dedicamos los sociólogos (a señalar lo mejor en formas de vida comparada) y lo que han propuesto también otros filósofos, caso de Julián Marías y su *Tratado de lo mejor*.³ En el trasfondo, la crítica de estos autores es al entendimiento reductivo que la modernidad decadente ha hecho de la igualdad.

La igualdad se posa, así, como una rémora con aspecto de vigilante armado contra la excelencia y, en definitiva, contra la autoridad moral. Algunos otros autores han intentado rebatir el lastre igualitario, en la medida en que vaya más allá del entendimiento paritario de la dignidad humana que como sujetos nos corresponde, examinando en qué ha devenido el heroísmo en la cultura contemporánea. Ulrich Bröckling⁴ escribe un certero y útil relato de la evolución de iconos, roles, autoridades y modos de ser en el mundo contemporáneo, dando una explicación pormenorizada del tiempo heroico, que sucumbió, como casi todo lo sólido, a finales de los 60 del siglo pasado, cuando fue sustituido por lo que llama el tiempo *postheroico*, una época blanda y relativista con una visión muy diferente de quién puede llegar a ser un héroe o heroína aupada a la

2 Javier Gomá, *Tetralogía de la ejemplaridad*. Taurus, Madrid, 2014.

3 Julián Marías, *Tratado de lo mejor: la moral y las formas de la vida*. Alianza Editorial, Madrid, 1995.

4 Ulrich Bröckling, *Héroes postheroicos: un diagnóstico de nuestro tiempo*, trad. Ibon Zubiaur. Alianza Editorial, Madrid, 2021.

categoría de icono cultural. En el *postheroismo* la excelencia se mide con criterios azarosos, como de juego de ruleta. Rob Riemen⁵, por otro lado, hace una defensa comprometida y apasionada del humanismo, al tiempo que vierte sobre nuestra era una crítica certera dejando a la decadente modernidad, como quien dice, a los pies de los caballos. *Nobleza de espíritu* es un canto al discurso argumentativo libre y no secuestrado por correcciones de ocasión ni por el dominio del hombre-masa. Para argumentar con uno mismo, para discurrir, es necesario, dice, abrirse a lo clásico, versarse en quienes han sido primero libres de espíritu para llegar a ser nobles después. Una nobleza que es paciente, que calibra la excelencia, que espera decantarse en la madurez, que respeta lo diferente, que amasa cultura y, consecuentemente, civiliza. Riemen tiene firmes convicciones sobre el necesario engarce entre lo clásico y la libertad. Así, opina que la nobleza que demanda rendirá una ilustración plural, independiente de clichés de hoy para mañana, no sujeta a las demandas de la inmediatez. Pide, ni más ni menos, una nueva ilustración que corrija los errores de la anterior.

La crítica de José Carlos Ruiz⁶ con el tiempo presente es, también, rotunda, clara y directa, al habernos sumido en el marasmo de la indiferenciación, al habernos privado del ansia de la autenticidad. En consecuencia, aconseja que hay que saber distinguirse en un mar de banalidades uniformadas por la omnipantalla. Nos vendrían muy bien, dice, ciertas dosis de elegancia que separasen la vulgarización de las emociones, de la realización humana. El sujeto hipermoderno postglobalizado es, en su opinión, un indigente mental que ha decaído en ese estado por embrutecimiento acrítico y servil. Se contenta con una postfelicidad ilusoria habiendo renunciado al análisis racional de la realidad. Ni sabe quién es, ni dónde está, ni, menos aún, a dónde va. No tiene metas de realización para sus capacidades personales y únicas.

La igualdad postmoderna ha exagerado una buena y necesaria reclamación por la que todos seríamos iguales ante la ley en una sociedad sin privilegios de nacimiento. De ahí, hemos pasado a un igualitarismo que ha entendido la igualdad no como liberación sino como la sumisión uniformizada a los presupuestos ideológicos de la cultura dominante. Una cultura que, para mantener a las masas en unos umbrales de igualdad

5 Rob Riemen, *Nobleza de espíritu*. Taurus, Madrid, 2016.

6 José Carlos Ruiz, *Incompletos*. Ediciones Destino, Barcelona, 2023.

aceptables, determinados por el poder, ha secuestrado la autoridad para convertirla en dictámenes impersonales basados en lo que las instancias de poder al uso consideran correcto y justo. Algunos le llaman a esto la tiranía de la masa, pero es, más bien, la ocultación de la excelencia que procura un relativismo amoral amparado por monopolios de poder mediático y político que esgrimen la falacia de que lo público es solo suyo y de que ahí todos somos iguales. No es de extrañar que, en esta tesitura, la autoridad moral se vea como un bien escaso.

Faltan referentes de moralidad y sobran gestores de éxito en las comunidades voluntarias, y no estamos escasos de recetas que puedan ayudarnos en la promoción de esa autoridad combatida en tantas áreas de desempeño aparte de en las comunidades a que nos referimos. Llevamos ya tiempo lamentando la falta de autoridad en las familias y en las escuelas, pero ello se extiende a muchos otros ámbitos. A pesar de todo, algunos se esfuerzan en que la autoridad tenga mala prensa.

Jeremy Rifki⁷ es el sociólogo contemporáneo más leído y ha salido sorpresiva y recientemente en defensa de lo que considera uno de los defectos más importantes del mundo actual: el culto a la eficiencia que promueve la sana gestión frente al contenimiento que debería de promoverse desde los sistemas de gobernanza. Con mucha claridad, buena lógica, tremenda erudición y datos actualizados, el autor nos lleva con coraje y valentía a ver qué es lo que viene después de que esto (la modernidad) acabe por derribo, y cómo mejor podemos darle la bienvenida. En vista de los defectos del cortoplacismo, de falta de moralidad en la política y en las empresas, y de las lacras sociales y ambientales que se vislumbran para el futuro inmediato, la apuesta que hace Rifkin por la resiliencia acaba estando plenamente justificada. La antítesis entre eficiencia (éxito en la cuenta de resultados) y resiliencia (contenimiento, resistencia, y apostar por el largo plazo) es la columna vertebral de un discurso que el autor norteamericano hace creíble y, también, atractivo.

Nos encontramos aquí con que una respuesta a la pregunta de qué obstáculos pone la cultura vigente para el reconocimiento de la autoridad moral y su lamentable escasez: es la sumisión al igualitarismo. Lo más sorprendente de todo es que el igualitarismo campee a sus anchas sonde, en teoría, más cabría esperarse que se cultiva la excelencia. Es decir: en la aca-

7 Jeremy Rifkin, *La era de la resiliencia*. Ediciones Paidós, Madrid, 2022.

demia y la universidad. Gad Saad⁸ hace una crítica valiente y comprometida contra el pensamiento único abrazado por las élites universitarias y los imperios mediáticos actuales. Saad da la batalla en defensa de la razón y desde presupuestos académicos sólidos contra las políticas identitarias, el relativismo cultural, el posmodernismo y el feminismo radical. Como su colega y amigo Jordan Peterson, se posiciona con la libertad frente a lo que denomina la infección mental que quiere acabar con el debate racional y la libertad de expresión. Contra la cancelación de la excelencia y el disenso ilustrado desenmascara con ironía y gracia las falacias lógicas del virus igualitario en el pensamiento académico y se lamenta del gran número de contagios que está causando en tantos estudiantes (y profesores) universitarios. El contagio generalizado se disfraza de pluralidad en la banalidad del premio, refiriéndose a la concesión de méritos y títulos (los Nóbel incluidos) a quienes se muestran sumisos y adeptos a las directrices de agendas globales que propugnan una uniformización generalizada del pensamiento.

¿Qué puede hacer una pequeña comunidad voluntaria para vertebrar su quehacer alejada del contagio de este virus que impide en ella el reconocimiento de la autoridad moral? La respuesta que nos atrevemos a resaltar es ésta: posicionarse contra el mundo. No decimos que tenga que rechazarlo, sino diferenciarse de él para mejorarlo. Las comunidades deben de mirarse por dentro para descubrirse únicas y delimitar sus líneas de extrañeza, aquello que en terminología familiar separa propios de extraños, para, a renglón seguido, explicar al mundo lo que son y quieren mediante la promoción de la excelencia y el reconocimiento interno de la autoridad moral. Incrementar las valías debe ser objetivo prioritario de cualquier comunidad que se precie por mucho que el mundo exterior las desprecie.

NO ES TAN DIFÍCIL

Me atrevo a sugerir que esta respuesta/propuesta no es tan difícil de aplicar. Es más, opino que es mucho más sencilla que dejarse llevar por la inercia del continuismo servil que encumbra a gestores, regimentadores y comunicadores en la cúspide de las directivas de las comunidades volun-

8 Gad Saad, *La mente parasitaria. Cómo las ideas infecciosas están matando el sentido común*. Ediciones Deusto, Barcelona, 2022.

tarias. Entre otras cosas, porque hay que hacer notar que mientras que la reserva de cargos para expertos, más o menos probados dentro o fuera de escalafones al uso, que exigen un monitoreo y selección que apunta un dirigismo no siempre bien aceptado, el simple reconocimiento de valías que implican autoridad moral no depende de designación alguna sino de la opinión común que reconoce la excelencia allá donde se encuentra (es lo que llamamos idoneidad). Nadie puede otorgar autoridad moral a nadie. O esta se tiene por valía de vida, o no se tiene. Sabio será quien gobierne, cuando sepa hacerse eco de las excelencias morales a la hora de discernir cargos y responsabilidades en la organización interna de su comunidad.

A fin de cuentas, ello no es más que la provisión de una utilidad para una necesidad latente. La crisis de la autoridad, provocada en su mayor parte por el igualitarismo, tiene largo alcance e implica a todas las estructuras sociales del mundo contemporáneo. La extrapolación al absurdo de la igualdad nos ha llevado a ignorar nuestras responsabilidades personales y colectivas, la responsividad, de la que nos han hablado Amitai Etzioni, el más brillante pensador del comunitarismo, y el sociólogo alemán Hartmut Rosa⁹. Denuncia Rosa que se pretendía hacer disponible el mundo, su control y dominio sujeto a previsión, pero el modo ha resultado agresivo (no se le ha escuchado previamente) y como consecuencia el resultado ha devenido en alienante: nos hemos distanciado de a quien ya no comprendemos hasta convertirnos en extraños de nosotros mismos. El mundo es indisponible, aunque mucho en él y en nosotros lo sea, aparte de que ciertas aparentes disponibilidades generen indisponibilidad manifiesta. Por eso es necesario traer a colación el concepto de resonancia, que es la responsividad a la impredecible indisponibilidad. Cuanto más nos sentimos interpelados, cuanta más resonancia, mejor, porque a fin de cuentas ello es una forma de diálogo comprensivo que puede incentivar nuestra responsividad: dar respuestas adecuadas a la relación con el afuera, con el objeto, con los otros, con mi cuerpo incluso, todo lo que en definitiva hace mundo.

Lo que buscamos es elegir lo mejor, no lo más aceptable, no la moda, no las inercias. Lo mejor, como se puede inferir, tiene mucho que ver con el bien, lamentablemente tan ocultado por el relativismo. Iris Murdoch¹⁰ tiene un planteamiento al respecto muy atractivo, alejándose tanto del

9 Hartmut Rosa, *Lo indisponible*, trad. Alexis Gros. Herder, Barcelona, 2021.

10 Iris Murdoch, *La soberanía del bien*. Taurus, Madrid, 2019.

escolasticismo analítico como del huero existencialismo, para afirmar la unidad de lo humano en la atención. Es importante darse cuenta, estar al tanto, percibir la carencia, subvenir la necesidad. Aboga por una religiosidad anclada en la bondad, que nos permita reconocernos como humanos antes de abordar cualquier otra cuestión reflexiva sobre nosotros mismos. La introspección, el descubrimiento de sí, opina Murdoch, es la puerta de salida hacia la búsqueda de cualquier mejoramiento.

No parece tan difícil acordar la necesidad de pararse a pensar, aunque ello pueda incomodar a algunos. Adriano Erriquel¹¹ piensa que el neoliberalismo y la neoizquierda manan el mismo líquido, aún y cuando ambos aseguren que viene de distinto manantial. En su opinión, la cosmología política actual es unitaria y la variedad es solo periférica y disfrazada, algo que necesita el propio sistema para justificarse e intentar perpetuarse. Es el relato de una decadencia ideológica imparable ante la que se exige pensar de nuevas. Un posicionarse a la contra del mundo como viene, para asegurar una supervivencia en el más allá de uno. Ahí está la crítica positiva, en su opinión, que necesita el mundo actual: un contra- planteamiento.

Todo pensamiento que se precie, hoy en día, es un pensamiento en contra. Alguien matizaría que, en primer lugar, en contra del miedo de pensar en contra. Hasta ahí llegan los largos tentáculos del igualitarismo. Ross Duothat¹² nos marca, al efecto, un camino ejemplar. No mucha gente habla hoy en día de la necesidad de tener hijos, y de aumentar las familias en número y tamaño para disponer un futuro viable como sociedad, dando argumentos de peso y fuste. Hay que defender la calidad frente a la cantidad e ilustrar la pérdida de nivel cultural a que estamos sujetos. La crítica antecede a la propuesta. No, no estamos condenados a progresar, como cantaba la murga del optimismo beato de la segunda mitad del siglo pasado hipnotizado por el subterfugio de la sociedad del bienestar. Y tampoco es que debamos conformarnos con ningún tipo de mediocridad, como defienden algunos liberales desencantados de la política. El, por otro lado, admirable Manuel Arias Maldonado¹³ defiende la imperfección democrática y de la política en sí misma como el mal menor

11 Adriano Erriquel, *Pensar lo que mas les duele: Ensayos metapolíticos*, Homo Legens, Madrid, 2021.

12 Ross Douthat, *La sociedad decadente*, trad. Beatriz Ruíz Jara. Editorial Ariel, Barcelona, 2021.

13 Manuel Arias Maldonado, *Nostalgia del soberano*, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2020.

que hay que tolerar ante la amenaza del fin de la política con que amaga la decadencia de un corrupto tardomodernismo. No pienso que regodearse en nuestras imperfecciones se la mejor receta para proponer soluciones de cambio.

En cualquier caso, no hay que irse tan lejos. No pretendemos arreglar el mundo sino salvar un aspecto concreto de lo civil, que llamamos comunidades voluntarias. La comunidad política no nos interesa ahora, si bien las soluciones que podemos apuntar para las comunidades voluntarias, el *demos*, podrán alumbrar también un elenco de soluciones válidas para la *polis*. Cierto es que el *demos* ha estado subsumido, agarrutado y manipulado por la polis, con una incidencia creciente en los últimos años, al punto que se ha considerado su súbdito. La sociedad política se ha atrevido, so capa de proteger, a subyugar la sociedad civil hasta extremos nunca vistos en sociedades ensambladas en torno a sistemas políticos que se denominan a sí mismos democracias liberales. No obstante, la sociedad civil no está muerta, si bien pueda parecer dormida. En la medida en que las comunidades despierten a sus responsabilidades identitarias y se hagan visibles en el ámbito público como lo que son, puede que la política comience a regenerarse en sus dimensiones precisas.

Difícil tarea ésta, si tuviera razón William T. Cavanaugh.¹⁴ La tesis de Cavanaugh es que el estado moderno se ha sacralizado al tiempo que la Iglesia se ha estatalizado y que en esto pierden los dos. El estado asume ínfulas religiosas (aún sean “laicas”), y la iglesia se pliega a ello intentando hablarle al estado de tú a tú. Así, el reconocimiento de algunos estados, en la forma y modo como ellos quieren ser reconocidos, con una soberanía cuasi divina, puede suponer algo afín a la idolatría. No, la separación Iglesia-Estado no es lo mismo que la separación entre religión y política pues, dice Cavanaugh con razón, si todo protagonismo público es político, todo credo religioso lo es. Por eso, sigue el pensador norteamericano, intentar ceñir lo religioso a lo privado, como el *demos* a la *polis*, es totalitarismo.

Si este es el contexto, habrá que burlarlo. Me refiero a burlar lo político sin miedo a pecar de incorrección, de hacer las cosas en las comunidades voluntarias de modo distinto a como se hacen en otro tipo de organizaciones, sean empresas o estados. Y es que, las comunidades

14 William T. Cavanaugh, *Migraciones de lo sagrado*, trad. Javier Martín Barinaga. Editorial Nuevo Inicio, Granada, 2021.

voluntarias, son, precisamente, otro tipo de organizaciones. Aquí la voluntad de seguimiento e implicación viene impulsada por la libertad que sigue un-bien-bello (unidad, bondad y belleza), que con la fuerza de un carisma impregna vidas que aspiran a ser excelentes, realizadas, y, como consecuencia, propositivas: que implican una propuesta de imitación. Uno, por lo general, no se adscribe a una comunidad voluntaria por la sola razón de su buen funcionamiento como estructura organizativa, sino por la enriquecedora relación que espera encontrar, y a su vez regalar, con vidas excelentes (valerosas, de valía, no de valentía) en torno a un ideal convincente y sano.

Remi Brague¹⁵ hace unas precisiones particularmente interesantes sobre la importancia de ir con la moral por delante, y la imbricación que de ello deviene entre cultura y vida. Para las comunidades voluntarias esto es de una importancia capital. Su cultura propia, interna, debe ser reflejo de su vida, tanto la individual de sus miembros como la colectiva del grupo. Esto podría denominarse un humanismo integrador, omniabarcante. La moral no admite calificativos, dice el francés, no hay una moral cristiana, ni una vida cristiana sino una comprensión de la vida y la moral genuinamente humanas desde una perspectiva cristiana. Hagamos, pues, de las comunidades voluntarias entonos de moralidad integradores donde la cultura organizativa no esté divorciada de la vida, donde la excelencia carismática sea visible tanto en su modo de funcionar hacia dentro como hacia fuera, a través de la excelencia de unas vidas en las que se puedan reconocer, y admirar, autoridades morales.

Apuntar a la excelencia, a la realización de las capacidades, no es meritocracia. Es, y debe verse, como una razón social, como la dote debida por quienes de sí son lo que son por su carácter social. Todos nacemos en el débito de la filiación que nos hace humanos. Ser mejores en base a una valía que entendemos en función de entrega y utilidad, es el mejor modo de hacer frente a esa deuda innata. Negarse a pagarla es un modo de renunciar a ser lo que somos, o estamos llamados a ser. Una pequeña lección comunitaria que bien merecería la pena reconocer para el mejor funcionamiento del mundo, a pequeña escala comunitaria y, por imitación, también a escalas de dimensiones más grandes y complejas.

15 Rémi Brague, *Manicomio de verdades. Remedios medievales para la era moderna*. Ediciones Encuentro, Madrid, 2021.

BIBLIOGRAFÍA

- Arias Maldonado, Manuel. *Nostalgia del soberano*. Los Libros de La Catarata, Madrid, 2020.
- Brague, Rémi. *Manicomio de verdades. Remedios medievales para la era moderna*. Ediciones Encuentro, Madrid, 2021.
- Bröckling, Ulrich. *Héroes postheroicos: un diagnóstico de nuestro tiempo*. Traducido por Ibon Zubiaur. Alianza Editorial, Madrid, 2021.
- Cavanaugh, William T. *Migraciones de lo sagrado*. Traducido por Javier Martín Barinaga. Editorial Nuevo Inicio, Granada, 2021.
- Douthat, Ross. *La sociedad decadente*. Traducido por Beatriz Ruíz Jara. Editorial Ariel, Barcelona, 2021.
- Erriguel, Adriano. *Pensar lo que más les duele: Ensayos metapolíticos*. Homo Legens, Madrid, 2021.
- Gomá, Javier. *Tetralogía de la ejemplaridad*. Taurus, Madrid, 2014.
- Mariás, Julián. *Tratado de lo mejor: la moral y las formas de la vida*. Madrid: Alianza Editorial, 1995.
- Murdoch, Iris. *La soberanía del bien*. Taurus, Madrid, 2019.
- Pérez Adán, José. *Economía y salud social: Más allá del capitalismo*. Pamplona: EUNSA, 2019.
- «Elaboración del índice relativo de salud social IRSS, para los países del continente americano. UNA MEDICIÓN COMPARADA DEL PROGRESO COLECTIVO QUE SE PRESENTA COMO ALTERNATIVA AL ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO DE LAS NACIONES UNIDAS», Universitat de València, Valencia, 2012. <https://www.uv.es/perezjos/proyecto%20investigacion.htm>.
- *La salud social*. Trotta, Madrid, 1999.
- Riemen, Rob. *Nobleza de espíritu*. Taurus, Madrid, 2016.
- Rifkin, Jeremy. *La era de la resiliencia*. Ediciones Paidós, Madrid, 2022.
- Rosa, Hartmut. *Lo indisponible*. Traducido por Alexis Gros. Herder Editorial, Barcelona, 2021.
- Ruíz, José Carlos. *Incompletos*. Ediciones Destino, Barcelona, 2023.
- Saad, Gad. *La mente parasitaria. Cómo las ideas infecciosas están matando el sentido común*. Ediciones Deusto, Barcelona, 2022.